



## TERCER DOMINGO DE PASCUA

“Miren mis manos y mis pies;  
soy yo mismo”

“Ustedes son testigos de estas cosas”

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

**Lecturas:** Hechos 3,13-15.17-18; 1 Carta de Juan 2,1-5; Lucas 24,35-48

Las lecturas de estos domingos que siguen a la Pascua buscan consolidar la experiencia de nuestra fe en el Resucitado, articulándola con la primera predicación de los apóstoles y haciéndonos entender la necesaria coherencia en la práctica de la vida cristiana.

La lectura del evangelio, tomada esta vez de san Lucas, está situada a continuación del relato de la manifestación de Jesús a los dos discípulos que, decepcionados, se retiraban a su pueblo de Emaús. De hecho, la lectura de hoy comienza recogiendo la última frase de ese relato: “ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían reconocido al partir el pan”. Nos centraremos en la lectura de la manifestación de Jesús resucitado a los discípulos reunidos. La iniciativa corresponde a Jesús: “se presentó en medio de ellos”, con su saludo característico: “la paz con ustedes”, como recordamos haber leído el domingo anterior. Lo que nos llama la atención es la reacción de los discípulos. Les cuesta reconocerlo y alegrarse por su presencia: “sobresaltados y asustados creían ver un espíritu”. Al parecer, no contaban con esta posibilidad. Como en el caso de Tomás, no estaban predispuestos para semejante encuentro con aquél al que habían abandonado y sabían crucificado. Es el Resucitado el que tiene que hacer posible el reconocimiento: “miren mis manos y mis pies; soy yo mismo”. El que ha merecido la resurrección de parte del Padre es el mismo que había sellado su fidelidad hasta la muerte en cruz. La fe de los discípulos

---

\* Ciclo B.

en la resurrección no es fruto de un entusiasmo ingenuo que pasa por alto el peso de la realidad vivida, es un camino arduo de reconocimiento desde la verdad de la cruz. Por eso la referencia a “mis manos y mis pies” como signo de su identidad: “soy yo mismo”. “No terminaban de creerlo”. De nuevo se requiere la iniciativa del Resucitado para hacer recordar a los discípulos sus propias palabras -“cuando todavía estaba con ustedes”-, que les había hablado de sufrimiento y de muerte para al tercer día ser resucitado. Ya entonces les había resultado muy difícil aceptar que ése habría de ser el camino del que ellos querían reconocer como Mesías.

“Entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras”. La fe en el Resucitado no consiste tanto en la “comprobación” empírica de unos datos, sino en la aceptación confiada del don de su presencia iluminada por el recuerdo de sus palabras. Algo así acontece también para nosotros. Lo que leemos en el texto bíblico no es tanto “información” exacta de un hecho que ha de ser recibida como tal, sino “comunicación” de una experiencia de fe que nos invita a acogerla y hacerla nuestra, a creerla y a vivirla. A ellos – los discípulos de entonces- y a nosotros nos confía el encargo: “Ustedes son testigos de estas cosas”.

Las lecturas de estos dos domingos nos van dejando claro cómo la resurrección de Jesús no significa propiamente un regreso del crucificado a las condiciones de nuestra vida común, como él las había compartido ciertamente antes de su muerte. Su presencia como resucitado se refiere, sí, a la del mismo Jesús –“miren mis manos mis pies; soy yo mismo”-, pero de una manera absolutamente nueva. Para reconocerla se requiere: de su parte su palabra iluminadora; y de la nuestra, la fe como disponibilidad para aceptarla. Como sugiere Pablo, “su vida, es un vivir para Dios” (Rom.6,10) y entonces ya no es objeto de comprobación, sino de fe. Su vida, la que compartió con sus contemporáneos y Pedro resumió admirablemente en aquel “pasó haciendo el bien” (Hech.10,38), ha vencido a la muerte y vive ahora en Dios. Eso es propiamente lo que significa la resurrección: Dios reconoce y hace suya la vida tan humana de Jesús. Verdaderamente es su Mesías e Hijo de Dios. Y eso es lo que la comunidad cristiana confiesa y anuncia: “Ustedes son testigos de estas cosas”. Ser cristiano implica ser testigos de que Dios ha resucitado a Jesús y, por tanto, dar testimonio con la vida de que vale la pena vivir como Jesús. Es lo que llamamos seguimiento de Jesús. Creer en la resurrección es mucho más que una afirmación sobre Jesús, implica un compromiso de dar a la vida un sentido como el que él mismo nos mostró.

La lectura de los Hechos viene a conformarlo. Pedro, a la entrada del Templo, había sanado a un hombre tullido “en nombre de Jesucristo” (3,6), y, dirigiéndose al pueblo, anuncia “ustedes mataron al jefe que lleva a la vida. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos; nosotros somos testigos de ello”. El testimonio se afirma con la práctica que da vida a quien tiene necesidad de ella y con la palabra que explicita la persona de Jesús en cuyo nombre se actúa. Quiero subrayar los “títulos cristológicos” que emplea Pedro para identificar a Jesús: “su siervo”, “el Santo y el Justo”, entroncándolo así en la tradición de la fe del pueblo: “el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su siervo Jesús”.

La segunda lectura, de la primera carta de san Juan, insiste en la idea de que una vida marcada por la fe en el Resucitado reclama la coherencia de “guardar sus manda-

mientos”; y sabemos bien que, en el contexto de esa comunidad, el mandamiento de Jesús se resume en “ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn.15,12). Ese mandato tiene validez para toda persona, época y circunstancia, a condición de que no se quede en una generalidad abstracta. Cada persona tiene que discernir lo que cada situación y circunstancia requiere. Hoy, ciertamente, el cuidado de cada uno para cuidar a los demás, la solidaridad creativa para responder con eficacia a las situaciones de pobreza, de hambre y de desamparo que ha generado la pandemia, pero también, mirando en conjunto la situación problemática del país en este momento electoral, la “caridad política” (Francisco en “Fratelli tutti”) reclama compromiso y responsabilidad informada en el ejercicio de la ciudadanía.

Vivir la Pascua de Jesús en estos tiempos difíciles invita a desempolvar la fe, avivar la esperanza y renovar el amor. Dedicemos unos minutos en la semana a reflexionar ante el Resucitado cómo vivir en esta situación “la vida nueva” a la que hemos sido incorporados.